

Días de tormenta

Capítulo I

Empezó de nuevo. La familia Collins se vio obligada a permanecer debajo de la mesa hasta que el tiroteo finalizara. Ya estaban acostumbrados a ello, aunque todavía sentían como el miedo les caía como un jarro de agua fría cada vez que se escuchaba un disparo, un grito o una explosión cercana.

Elisa se asomó a la ventana con cautela para comprobar la finalización del tiroteo iniciado por los soldados de distintos bandos: Los halcones (conservadores) y los verdes (liberales). Por la ventana pudo ver que en la calle solo quedaban rastros de sangre y algunos cartuchos de bala tirados por el suelo, sin embargo no quedaba ninguna persona. Claro, que con la llegada de la guerra ya no quedaban personas. Estaba todo lleno de bestias que carecían de humanidad y empatía.

Elisa observaba a Tom mirando por la ventana, buscando la poca luz del sol que se filtraba entre las nubes. Hace tiempo que Tom detesta el color que radiaba su propia casa. Un color de alegría desteñida, de cariño lejano, de intimidad desconocida.

-Tom ¿Necesitas algo?- Preguntó Elisa a su hijo, esperando a que le diese la misma respuesta de siempre.

-No, mamá. Gracias- Respondió sin apenas quitar la mirada de la calle.

La situación estaba bastante tensa, la guerra se había cobrado 30.000 vidas, o al menos es lo que decían en la radio. A veces tenían miedo de ser ellos los siguientes, de ser otro nombre más una lista que parecía interminable, al fin y al cabo no tenían ninguna protección, tan solo una escopeta que antes utilizaban para ir de caza. Hacía meses que Tom, el hermano pequeño de Sofía no preguntaba por su padre, se había hecho a la idea de que nadie tenía la certeza de saber cuándo volvería. Como toda su familia Tom también se había aferrado a la idea de que su padre seguía vivo, la fe nos hace fuertes ¿No?

La hermana mayor de Tom, Sofía, estaba tumbada en su cama. Por la mente de Sofía solo pasaban imágenes. Antes, su casa daba la sensación de calidez, esa sensación que ahora tanto anhelaba, sus padres estaban contentos, Tom estaba jugando todo el día, lleno de imaginación, y la única preocupación que tenía Sofía era la de sacar buenas notas. Vivían el día a día de una forma muy diferente de la que lo hacen ahora. Los problemas que antes tenían no eran casi problemas. Ahora todo esto quedaba tan lejano... Su padre ya no estaba, su madre lloraba, su hermano se había vuelto mucho más serio, ella ya no asistía al colegio, pues este se había convertido en un montón de cristales rotos y muros caídos. Daba la sensación de que cuando el colegio quedó destrozado con las bombas del 11 de Febrero se habían llevado con los escombros miles de recuerdos: Aquella vez que Sofía conoció a su mejor amiga Emily, su primer beso con Paul a los 4 años. Incluso daba la sensación de que le habían arrebatado una parte de su infancia.

Elisa, estaba sentada en la cocina, no quería pensar en lo que se le iba a venir encima, cada vez quedaba menos comida, llevaban meses alimentándose de pan (dichosa sea la vez que disponían de pan blando), sopa de rábanos, garbanzos solos y agua con azúcar. Elisa cada vez estaba más escuálida, a veces no comía para dejarle más comida a sus hijos. Su energía cada vez disminuía más hasta el punto de tocar fondo y verse obligada a dormir.

Elisa se lamentaba de no haberse quedado en España, no debería de haberle hecho caso a su marido Caleb, probablemente si se hubiesen quedado ahora podrían estar sin la tragedia y el miedo que conllevaba la guerra, siendo una familia feliz. También pensaba en las duras imágenes

que debían soportar sus hijos y la forma en la que la guerra les había cambiado.

Afuera se escuchaba el sonido de un motor lejano, Elisa se asomó inmediatamente a la ventana para comprobar que no se acercaba nada amenazante, el miedo le recorría todo el cuerpo. Una furgoneta blanca se había parado enfrente de su casa, en ella se podía leer “Servicio de protección y víveres” con unas letras marcadas en rojo y un dibujo con varias frutas. Elisa salió corriendo desesperada por conseguir comida, cuando llegó a la furgoneta se encontró con una mujer de piel pálida y pelo castaño que iba vestida con un abrigo verde oscuro que llevaba cosido en el pecho el mismo dibujo que en el vehículo.

-¿Podrías darme algo de comida, por favor?- Dijo Elisa recuperando el aliento

-No te preocupes, para eso estoy aquí. Toma, por ahora te puedo dar estas 5 cajas- Respondió la mujer con amabilidad sacando las cajas del maletero.

Elisa estaba contenta, hacía tiempo que no sentía esa sensación, gracias a las cinco cajas que había recibido quizás podría sobrevivir unos meses más y probablemente aquellos constantes mareos que sufría iban a acabar por algún tiempo.

Capítulo II

Desde que empezó la guerra Tom no había abierto su balcón ni tampoco había disfrutado de las vistas al jardín que había justo detrás de su casa. Esta vez pasó por alto el peligro de ser avistado por uno de los halcones. Quería recordar como se sentía al estar de nuevo en contacto con el exterior. El sol le tocaba la cara, hacía meses que no sentía en su rostro los rayos del sol, parecía como si estos estuvieran limpiando de su mente los recuerdos de la guerra, lo único que sentía ahora era la luz, el contacto cálido del sol.

Antes, siempre que trataba de hacer los ejercicios se distraía mirando al inmenso jardín que divisaba por su ventana. Árboles cuyos colores parecían haber sido hechos para fundirse con cada atardecer, pájaros que volaban juntos, casi de la mano, que se sumergían en el árbol hasta llegar a camuflarse en sus pequeños hogares, donde siempre les esperaban hambrientas sus pequeñas crías, dándoles la bienvenida con cálidos gruñidos. Le encantaban aquellas pequeñas aves, ya que cantaban canciones que solo él entendía y, que muchos, no llegaban a escuchar porque vagaban perdidos entre el ruido de la ciudad.

Tom aún recordaba como se veía la calle llena de gente, de movimiento, de carreras hasta el trabajo o al colegio que decían desde lejos “llego tarde”. Ahora solo puede ver los rostros de su hermana y su madre, no es que le disguste verlos, por supuesto que no, pero él siempre había sido una persona a la que le gustaba mirar a las caras de la gente, admirar su estilo, sus peculiaridades, sus manías, sus gestos, su manera de reírse, sus aficiones, sus gustos... Todo le llamaba la atención, quizás por esto era tan despistado.

Su fantasía recorrió con su vista toda la calle, tenía unas ganas terribles de descubrir que es lo que había cambiado afuera y dejar su imaginación volar por las calles que hacía tanto tiempo que no pisaba. Aunque desde el inicio de la guerra Tom estaba mucho más oscuro, la pequeña escapada al balcón le hizo recuperarse un poco a sí mismo.

Tom echó un vistazo a su habitación, ésta tenía un aspecto despreocupado. Del mismo tono de despreocupación que ahora observaba todo, y es que si se parase a hacer caso a sus temores probablemente viviría más atormentado de lo que ya está. Tom se agachó y agarró su antigua caja de juguetes que estaba repleta de soldaditos y coches. Ahora lo miraba todo con otros ojos, todo era diferente y lejano. Muchas habían sido las veces que Tom había jugado con soldaditos y armas de plástico, desde luego cuando era pequeño le encantaban aquellas figuras fuertes y atléticas, con las que imaginaba rescates, misiones secretas y pruebas físicas que pasaban sin dificultades. Ahora los odia. La guerra le ha permitido ver con sus propios ojos la cruda realidad, ha convertido a aquellos muñecos en carne, gracias a esto ya sabe cual es el destino de los

verdaderos soldados y cuales son los sentimientos de los que les dirigen, sus líderes están tan hambrientos de poder que no sufren ni tienen en cuenta los daños y perjuicios de sus hombres. Esto le llenaba de rabia, su padre era uno de esos que estaba pagando lo que otros quebrantaron, otro títere más.

Desde que su padre se fue a la base del ejército, Tom entraba incluso más a menudo en su estudio. Ahora se veía con mucha menos luz porque debían de mantener las persianas bajadas para fingir que no había nadie en la casa. A Tom le gustaba el olor que había en aquella habitación, olor a acuarelas, a cuadros y a la colonia de Caleb. Más aún le gustaban aquellas pinturas tan llenas de belleza y dominio del pincel, tan detalladas, tan vivas, tan inspiradoras. Y más aún (si cabía) le gustaba la manera en la que le hacían viajar aquellas pinturas, gracias a ellas creaba mundos y escenarios imposibles en la realidad. En esa pequeña ventana al arte se podía Tom asomar y contemplar la perfección de la naturaleza, limpia, inocente, pura.

Sofía intentó animar a su hermano proponiéndole jugar al escondite, a Tom no le gustó la idea y este le propuso salir a la calle:

-Tom, ¿Estás loco? Si salimos a la calle corremos mucho peligro, mamá ni siquiera nos va a dejar- Dijo Sofía, sorprendida por la peligrosa idea de su hermano.

-Está claro que mamá no va a estar de acuerdo con esto, pero por favor acompáñame, hace tanto tiempo que no veo la ciudad...- Respondió Tom, tratando de que su hermana sintiese pena y cediese a su propuesta.

Tom no escuchó ninguna de las advertencias de Sofía, estaba dispuesto a salir a la calle. La visita del día anterior al balcón había sido la clave para potenciar el plan de escapada que llevaba ya meses correteando por su mente. Tom cogió las llaves de casa, las que su madre suele guardar en la parte trasera de un falso cuadro en la entrada, intentó hacer el menor ruido posible y se dirigió a explorar la ciudad.

La luna llena ayudaba a Tom a poder ver mejor entre la oscuridad de la noche, ahora no podía usar ni siquiera el móvil. Con la llegada de la guerra no disponían de luz. No se dio cuenta de lo importante que era la luz hasta ahora, desgraciadamente lo tuvo que averiguar de la peor forma. En su casa no disponían de ninguna calefacción en pleno mes de febrero, la poca luz que tenían por las noches era gracias a las velas que habían almacenado pero que, poco a poco se iban agotando y pronto se las tendrían que arreglar para conseguir más. A la mente de Tom solo llegaban recuerdos, recuerdos de edificios que ahora estaban abandonados, recuerdos de calles llenas de chicos de su edad jugando. Calles llenas de gritos de alegría, calles llenas de juguetes, calles, que ahora estaban llenas de soledad. Mientras Tom caminaba, alejándose cada vez más de su casa, empezó a sentir miedo, desprotección, quizás debería haberle hecho caso a su hermana.

Se escuchaban pasos lejanos que cada vez se acercaban más e incluso parecía que aceleraban el ritmo. Tom sentía más miedo aún y él también aceleró el paso, aunque le costaba andar por la adrenalina que le recorría el cuerpo.

-¡Alto!- Gritó el hombre armado, que vestía un uniforme negro, con el símbolo de un halcón cosido a la altura del pecho de su chaqueta.

Tom aceleró el ritmo aún más, llevándole así a una velocidad que nunca había alcanzado ni iba a alcanzar. El hombre disparó a ciegas y acertó en la pierna de Tom.

Capítulo III

Eran las 12 de la mañana cuando Sofía se percató de que su hermano no estaba, rápidamente acudió al cuarto de su madre para despertarla. La habitación de sus padres parecía mucho más

vacía sin su padre Caleb en casa. Elisa estaba tan envuelta entre las sábanas que ni siquiera se le veía la cara, ni siquiera se podía averiguar entre ellas la figura de su cuerpo, estaba hecha un barullo.

Cuando Sofía le contó a su madre cuáles eran las ideas que tenía Tom el día anterior y la ausencia de Tom en casa, no le costó mucho entender que se había escapado. Menos tiempo le tomó vestirse y salir de su casa junto a Sofía, acompañadas con la vieja escopeta de caza.

El sol había salido después de tanto tiempo. Las calles parecían estar en ruinas, y no había ningún rastro de algún ser vivo, todo estaba desierto.

Al dejar atrás su casa se encontraron con un rastro de sangre reciente, instantáneamente a Sofía se le formó un nudo en el estómago y Elisa se quedó sorprendida.

-No es de Tom, ¿verdad mamá?- Dijo Sofía sin obtener respuesta.

Elisa se agachó al suelo y recogió un objeto. Era el collar que Caleb regaló a su hijo Tom. Elisa tragó saliva y sin mediar palabra le mostró el collar a Sofía.

-Quizás no es de Tom- Dijo Sofía negando creer lo que ambas pensaban.

-Tiene las iniciales de papá grabadas... Anda, vamos a seguir buscando, aún tenemos tiempo antes de que anochezca.- Dijo Elisa.

Sofía y su madre estuvieron todo el camino agarradas de la mano, calladas y buscando con la mirada cualquier otro seña de Tom. De repente encontraron a otra persona en la calle, vestía unas ropas rasgadas, sin apenas color y sucias. El muchacho tendría unos veinte años y estaba recogiendo trozos de madera para encender una lumbre. En cuanto avistó a Elisa y su hija salió corriendo hasta llegar a un callejón cercano. Quizás le había asustado la escopeta que llevaban. Poco más encontraron en el camino, a pesar de que recorrieron casi toda la ciudad solo encontraron polvo y ceniza.

Cuando Sofía llegó a casa rompió a llorar, "Yo podría haberle salvado" se decía a sí misma ahogada en llanto y culpa. El vínculo entre Tom y Sofía era fuerte, ninguna de sus peleas de críos había hecho que estos se odiasen, aunque como a casi todos los hermanos les disgustaba decirse lo importantes que son el uno para el otro, aun así los dos se protegían mutuamente.

A la mañana siguiente Sofía y su madre evitaban hablar de cualquier cosa relacionada con Tom, no querían tocar la herida. Sofía intentó mantener la atención fuera de todo el ruido que había en su mente, pero era imposible. Al igual que era imposible dejar de sentir la tristeza que albergaba en su alma. Aquella que parecía haberse estancado allí, para siempre. Resignada, se fue a dormir.

Capítulo IV

Caleb estaba tumbado en una de las cuatro literas de la habitación. Vestía un uniforme militar con el signo liberalista de la paloma dorada en la manga. Entre sus manos sostenía una pulsera de oro en la que se podía leer: "Elisa, Sofía y Tom", ¿Cómo estarán? Se preguntaba. Hacía 4 meses que se había alejado de su familia para unirse a los liberales. Caleb no se alistó al ejército de los verdes para defender a su bando o por veneración a sus ideas. Él, más bien no estaba interesado en política -le parecía un tema aburrido- pero pensó, que si estaba dentro del ejército quizás podría encontrar alguna forma de conseguir un billete de avión a España. Con la llegada de la guerra demasiada gente era la que compraba un billete para emigrar. Debido a esto el hecho de conseguir uno era más que un privilegio al que muy pocos llegaban a alcanzar. Caleb llevaba un mes intentando que Scott, el general de su ejército, le diese el esperado billete, y con un poco de suerte la próxima semana lo conseguiría.

Caleb se sentía solo, muy solo. En la base no había mantenido ninguna conversación con nadie y tenía unas inmensas ganas de abrazar a sus hijos. Quería saber cómo estaban, si la comida de la que disponían era suficiente, si tenían techo, o si de lo contrario su casa ahora estaba hundida en la ruina y la miseria. Por desgracia la soledad le llevó a la tristeza, que le causaba a veces un gran malestar en el pecho. Aun así tenía que fingir encontrarse bien, estar en el ejército le exigía siempre mantenerse fuerte, tanto física como mentalmente. Por suerte, Caleb no había disparado aún a ningún hombre ya que, intentaba acudir a rescates de miembros de su ejército y realizar las misiones más pacíficas, aun así no se había escapado de algunas imágenes que no podía quitárselas de la cabeza, como los cadáveres de algunos de sus compañeros. La primera vez que llegó a la base militar sentía verdadero pánico. Él, siempre había sido el que huía de cualquier disputa y la mayor parte de las veces le daba la razón al oponente solo para que le dejase en paz. Posiblemente era la persona que menos estaba preparada para la guerra. Su anterior oficio tampoco era el más violento, sus dotes de pintor le habían llevado a la sensibilidad y la admiración de lo que le rodea y no a la destrucción de estas.

Caleb estaba entreteniéndose a su mente recordando una vez más cómo conoció a Elisa: Antes ni de saber su nombre llevaba meses detrás de esa muchacha desconocida. Fue posiblemente la época que más pintó, en la que dejó atrás los cuadros oscuros, sombríos, tristes y negativos. Imaginaba una y mil veces cómo llegar a hablar con aquella chica, cada una de las veces de una manera distinta. La observaba tanto que conocía algunos aspectos de ella a la perfección, escuchaba su quebrada y dulce risa de lejos, notaba la suavidad de sus gestos y la forma de la que huía de ser el centro de atención. Temía tanto fracasar que se abstuvo durante un buen tiempo de mirarla, “Ojos que no ven, corazón que no siente” se decía. Imposible. Estaba enfermo, obsesionado, y eso le asustaba mucho. Pasó meses intentando elegir entre olvidarla o al menos intentar algo, por muy vergonzoso que todo acabase. Por una parte se sentía cobarde, por no atreverse ni a dar un paso, y por otra sentía que ni siquiera podía controlar sus desmesurados sentimientos hacia ella. Finalmente tomó una decisión, que poco duró, olvidarse de ella y dejar de observarle. Pasado un tiempo sus caminos se entrelazaron cuando ambos acudieron a una fiesta que organizaba su amigo Max. Caleb comprobó que sus sentimientos aún permanecían vivos, tan encendidos como luces, luces que nunca parecían fundirse. La amabilidad e ingenio que poseía Elisa era sorprendente, Caleb encontró en ella a una musa y un amor que nunca se había figurado. Su primera conversación con Elisa no era para nada como él se había imaginado. Elisa no fue dura con él, y los dos tenían un carácter pacífico muy parecido. Un año después muy decididos se fueron a vivir juntos. Las expectativas de sus padres no eran muy positivas, pensaban que estaban locos, que en unos meses iban a aborrecer su convivencia y que aquello iba a ser un amor fugaz. Por suerte no fue así, juntos vivieron la mejor época de sus vidas, la casa emanaba un brillo imposible de apagar y nunca se cansaron el uno del otro puesto que siempre intentaban visitar nuevos sitios y probar nuevas actividades para dar de comer al espíritu aventurero que ambos tenían. Se complementaban tan bien que aquella relación no era para nada tóxica.

Caleb suspiró al recordar su historia, le encantaría volver ahí, al comienzo de todo. Fue el fin de sus días grises con sus padres que poco le comprendía, y que mucho menos apoyaba que fuese artista, le decían constantemente que se buscase un oficio de verdad y que se dejase de tonterías.

Capítulo V

Eran las cinco de la mañana cuando la alarma sonó en la base militar. Caleb no quería deshacerse del calor que desprendían las sábanas pero hoy tenía que acudir a Swansea, donde él y su ejército iban a aplacar a los halcones. El día iba a ser demasiado peligroso. Caleb se tendría que mantener lo más en guardia posible y salir más que nunca de su zona de confort.

En cuando Caleb se levantó se puso su vestimenta militar y la banda con el símbolo liberal que le identificaba. Sus tres compañeros de habitación hicieron lo mismo, estaban igual de obligados a acudir a la misma misión. Más tarde se dispuso a lavarse la cara en el enorme y común servicio que tenía la base militar. Mientras se lavaba la cara podía ver en ella los ojos de Tom y Sofía que

habían salido tan azules como los suyos. Incluso el castaño de su pelo era del mismo color que el de sus hijos. Poco se parecían estos a Elisa, ella era rubia y de ojos marrones. Para él era perfecta, y hubiese deseado que sus hijos fueran físicamente como ella.

Caleb deambulaba por el pasillo de la base no muy despierto, pese al agua que se había echado en la cara. Mientras pasaba por la fuente con la forma de la paloma liberalista pensó en lo significativo que podía ser aquel sitio para algunos, dado que todos luchaban juntos defendiendo la misma ideología. La base a Caleb solo le transmitía sobriedad, frialdad y aburrimiento, ya que no podía salirse ni un poco de la rutina y la base carecía de otras actividades que no fuesen disparar en el campo de tiro, acudir al campo de entrenamiento y acudir a misiones para rescatar compañeros o misiones contra los halcones.

El movimiento del Land Rover hacía que los ocupantes de este todo terreno verde se agitasen de un lado a otro chocando fortuitamente los hombros unos con otros. El único ruido que se escuchaban era el que producía el motor y el contacto de las ruedas con el terreno. Caleb y sus compañeros guardaban silencio, absortos con la mirada en el suelo o en la ventanilla. No se atrevían a dirigirse ni una palabra, el aire era tenso.

Caleb tenía miedo de mostrar su torpeza cómo soldado. Hasta ahora todo había sido fácil, nunca había utilizado un arma, ni quería utilizarla. Siempre había pensado que si alguna vez mataba a alguien el recuerdo le perseguiría hasta que acabase con él. Cuando llegaron a Wind-Street las pulsaciones se elevaron hasta un nivel que parecía que el corazón iba a salirse de su pecho, cualquier intento de tranquilizarse era inútil. Los disparos se oían a lo lejos, eso quería decir que los verdes ya había localizado a los halcones, era ahora de pasar a la acción y Caleb no sabía donde esconderse.

Una bomba menos. Andrew la desactivó una hora antes de que explotase, lo que quería decir que tenían solo una hora para encontrar las cuatro restantes. Los soldados seguían cualquier rastro que hubiesen dejado los halcones, cualquier vehículo, cualquier soldado. Estaban desesperados por encontrar cualquier pista. A los quince minutos ya sabían donde se encontraba la siguiente bomba, Josh había pinchado la comunicación de los oponentes, pero estaba vez los transmisores que llevaba cada militar de los halcones. La bomba se encontraba en un supermercado cercano. Así que los soldados corrieron por Caer Sreet hasta llegar al supermercado, el cual estaba rodeado por aproximadamente dos docenas de soldados que cubrían toda la entrada.

Los verdes querían evitar cualquier tiroteo. Josh informó a sus hombres de que había una entrada subterránea que casi nadie conocía, probablemente ni siquiera los halcones. Esto les daba ventaja para acceder sin que notasen su presencia y desactivar la bomba pacíficamente. La entrada subterránea no estaba vigilada por ningún soldado, y pudieron acceder por un túnel al centro comercial. El túnel era muy largo, de este caían gotas del techo y esto hizo que el suelo se hiciese barro y les costase mucho más avanzar. Todos lamentaron el tiempo que habían perdido intentando acceder a aquel edificio, ya que podría hacer que no les diese tiempo a desactivar las demás bombas.

Justo en el centro del edificio se encontraba la bomba. Parecía que los halcones habían huido para que la bomba no les pillase cerca, querían cubrir sus espaldas. Apagar el artefacto fue tarea fácil, en la pantalla aparecía una cuenta atrás de treinta y dos minutos. Los soldados informaron el tiempo que quedaba a sus generales, estos le respondieron que la situación era muy complicada y que la siguiente bomba se encontraba lejos de Caer street, en George street. Para ir más rápido enviaron vehículos. La siguiente bomba era la última que podían neutralizar, dejando así dos bombas aún accionadas, y lamentando las posibles muertes que podían producir.

En George street quedaban aún un puñado de soldados. Estos pronto iban a abandonar la calle para no correr peligro, porque la bomba ya estaba en funcionamiento y apenas quedaban quince minutos para la detonación de esta. Los verdes no podían arriesgarse a perder más tiempo y se vieron obligados a forzar un tiroteo. El tiroteo acabó con la vida de ocho soldados de los liberales y

quince de los moderados. Caleb de nuevo mató a tres personas, poco a poco empezó a reconocer lo que había hecho y la culpa le atrapó completamente, hasta que el exterior le pareció tan ajeno que no conseguía escuchar nada de lo que los generales le decían, ni siquiera podía moverse. Ocho minutos después los soldados anularon la tercera bomba, Caleb se vio obligado a seguirles para regresar hasta el todoterreno pero no se perdonaba lo que había hecho, no se lo iba a perdonar nunca.

Caleb estaba duchándose, el agua no limpiaba su mente confusa, llena de ruidos de disparos, sangre y el cuerpo sin vida de los soldados que había matado, imágenes que le perseguían, que recorrían cada espacio de su mente haciéndole sentir el dolor de aquellas vidas acabadas, la tristeza de sus familiares, las heridas de la guerra.

Capítulo VI

Un hombre vestido de negro se acercó a la litera de Caleb y despertó a este para que acudiese al despacho de Scott. Cuando Caleb miró el reloj eran las 5 de la mañana, pudo comprobar que solo a él le había llamado, ya que era el único despierto a esa hora.

-Toma asiento- Dijo el general con un tono enfadado.

-¿Sucede algo, mi general?- Respondió Caleb servicialmente.

-Ayer te observé y pude darme cuenta que tú realmente no vales para esto, ¿Por qué estas aquí?- Replicó Scott sin ganas de ser amable.

-La verdad es que no sé general... Quería hacer algo para acabar con esta terrible situación que nuestro país está afrontando- Dijo Caleb atemorizado por lo que su general pudiera decirle.

-Ya... - suspiró Scott con una sonrisa irónica en la cara, sin mirar a Caleb- ¿Tú crees que soy tonto? ¿Eso crees?- Dijo Scott dando un golpe en la mesa y alzando la voz.

-No... No señor. ¿Por qué cree usted eso?- Dijo Caleb intentando conservar la calma y con un tono de voz débil.

-Ayer hiciste el ridículo y vi que no eres quien dices ser. No me voy a andar con rodeos ni con modales ante un estúpido como tú. Estas aquí por puro egoísmo, ahora lo sé. Te acercaste a mí pretendiendo ser otra persona, dándome una impresión que no corresponde con tu inútil ser. ¿Que te gusta el ejército? ¿Que te gustan nuestras ideas? Y una mierda. ¿Ves estos billetes? Iban a ir para tu familia, ahora no te voy a complacer- Dijo Scott encendiendo la llama de su mechero, mientras esbozaba una sonrisa maligna.

Y antes de que el general quemase los billetes Caleb se abalanzó contra él y le propinó varios puñetazos en la cara. La rabia de Caleb era la única que sabía que era lo que estaba haciendo. Antes de que Scott se levantase del suelo, él corrió con los billetes que le había arrancado de sus manos hacia una furgoneta negra. Nadie podía pararle ahora.

Caleb se dirigía a casa con nuevas esperanzas, de vuelta a la protección. Un nuevo comienzo le esperaba. Sus manos olvidaron lo sucedido ayer, se sentía con ganas de pintar, de dejar volar su imaginación como antes solía hacer, de pintar inmensos y verdes prados, tan inmensos como su alegría. La libertad desenredó el nudo de su pecho, el pensamiento de ver pronto a los suyos borró su soledad y no quiso pensar en ningún momento en los recuerdos que ayer le atormentaban. Dejó atrás sus días de tormenta.

Caleb tuvo que dar muchas vueltas por la ciudad, quería asegurarse de que nadie le perseguía. Caleb vio por primera vez el desastre ante sus ojos. No parecía aquella la ciudad en la que había crecido. No parecía Cardiff, no podía ni siquiera identificarse como habitante de aquel sitio reducido a escombros. La guerra había acabado con la mayoría de edificios centrales, aunque

parecía que aún había algunos restos de vida en aquella ciudad. Personas que aún no habían abandonado aquel lugar y sobrevivían como podían a los ataques ocasionales de los halcones. Por suerte, no habían afectado a sus casas pero, les complicaba la vida en aquel lugar, por el riesgo que tomaban si salían de sus casas por la poca comida que disponían. Caleb esperaba que esa no fuese la situación de su familia.

Se quedó unos minutos inmóvil frente a su casa. Al igual que estos días los recuerdos le paseaban por la mente de una forma repetitiva, a veces demasiado pesada. Desde que empezó la guerra no cesaba de pensar cómo era su vida antes. Recuerda aquellos días de sol en los que no se veía ninguna nube cercana, ni siquiera se divisaba desde lejos. Finalmente en 2024 llegó la repentina tormenta que todavía pervive después de dos años, la guerra.

Sus nudillos golpearon la puerta automáticamente, como si no hubiese mandado la orden a sus extremidades, como si aún estuviese acostumbrado a ese movimiento. Su casa tenía un aspecto un poco diferente. La hierba del jardín delantero estaba bastante crecida, descuidada, y la pintura blanca de la fachada se había convertido en un amarillo añejo.

Era la primera vez en meses que Caleb contemplaba las facciones del rostro de su mujer. El corazón le dio un vuelco. Seguía sintiendo esa misma sensación de enamoramiento cada vez que la miraba. Esta vez Elisa estaba más delgada. El cansancio acumulado parecía reflejarse en sus ojeras y su cara estaba apagada, entristecida.

Elisa era incapaz de procesar el regreso de su marido, que fue como la ola que vuelve a besar la arena después un largo viaje por el océano. Sofía lloraba de alegría y abrazó a su padre con la suficiente fuerza como para ahuyentar los miedos que perduraban en la mente de ambos. Pronto Caleb se dio cuenta de la ausencia de Tom y preguntó por él.

-¿Dónde está Tommy?- Dijo Caleb aún contento por su regreso.

-Verás... Hace unos días se fugó y todavía no ha vuelto- Respondió Elisa apretando entre sus manos el collar que encontraron.

-¿Se ha escapado? No puede ser...- Dijo Caleb tocándose el pelo de una forma nerviosa.

-Estoy segura de que aparecerá... Él es fuerte- Dijo Elisa como si estuviese convencida de ello.

-Tengo los billetes, ¡Mañana por la tarde salíamos! ¡¿Cómo vamos a ir sin él?! He robado los billetes para irnos todos juntos a España ¡¿Me entiendes?! Quizás ahora me están buscando por toda la ciudad.- Reclamó Caleb alzando su tono de voz.

-¿En serio? ¿Ahora que hacemos? No podemos irnos sin nuestro hijo, me niego.- Respondió su mujer.

-Solo nos queda esperar...

Durante la cena Caleb les contó a Elisa y su hija que había hecho todos estos meses. La mesa estaba repleta de deliciosos platos que habían preparado para celebrar la llegada. En cuanto terminaron de cenar Caleb se retiró a dormir con la idea en mente de encontrar a Tom lo antes posible. Tenía esa misma seguridad que sintió cuando tomó prestados los billetes. Estaba concienciando su mente: Vamos a llegar todos sanos y salvos a España.

La actitud de Sofía era la contraria a la de su padre. Su mente trataba de incomodarla con imágenes, y le decía una y otra vez que ella era la culpable. ¡No! Intentaba gritarle a aquellas voces para que se silenciaran, pero hasta que no se durmió no consiguieron apagarse. Ella misma se hizo sentir culpable de la muerte de su hermano.

Capítulo VII

Tom despertó en un lugar muy distinto a su casa. Las paredes de esta desconocida habitación eran blancas pero casi oscuras por la suciedad y la decoración era más bien escasa. Solo había una silla y la cama en la que se despertó Tom. Tom echó un vistazo a su pierna, tenía un aspecto terrible, pero al menos la herida estaba limpia. El dolor se le expandió hasta la otra pierna.

De repente, abrió la puerta un muchacho de piel oscura, iba vestido con una sudadera negra, unos pantalones militares y unas botas negras. Todas estas prendas estaban demasiado desgarradas y el chico olía a sudor de hace varios días.

-¿Ya has despertado?- Dijo el chico como si conociese a Tom desde hace tiempo.

-¿Tú quién eres? ¿Y que hago yo aquí?- Dijo Tom un poco enfadado por el miedo que sentía al no conocer nada a su alrededor.

-Tranquilo. Estabas tirado en la calle a punto de morir desangrado, así que te traje a nuestro pequeño refugio para que estuvieses a salvo. ¿Qué, preferirías haber muerto?

-¡Claro que no! ¡Pero casi muero del miedo de no saber donde cojones estoy!- Replicó Tom.

-Ven conmigo.

El muchacho de piel oscura le dirigió hacia el salón de lo que parecía ser una casa. El salón estaba incluso aún más sucio que la habitación anterior. Había rotos en las paredes y en el techo. Justo en el centro de aquella habitación había un grupo de chavales reunido junto a una chimenea, sus edades se comprendía entre los 7 hasta los 20 y pocos años aproximadamente. El ambiente olía a humo, humedad y suciedad. Había toda clase de objetos en el suelo, algunos tenían mugre y otros hasta moho. Le explicaron a Tom por qué estaban todos allí: Eran chicos que se habían quedado huérfanos debido a la guerra e intentaban sobrevivir robando comida y cualquier otra cosa que pudiesen robar. Malvivían todos juntos en su desgracia.

Tom les comunicó que necesitaba regresar con su familia, se encontraba atemorizado por lo que estos estuviesen pensando, ya que seguramente ya hubiesen notado su ausencia.

Los muchachos mayores ordenaron al chico de 7 años a que acompañase a Tom a su casa. Al principio el chico se negó, pero después los demás le obligaron. El chiquillo tenía la cara llena de manchas y las manos llanas de pequeñas cicatrices. Tom ni siquiera le conocía, pero le daba la impresión de que el muchacho se había convertido en un ser huraño por las todas las cosas que tendría que estar afrontando, lo podía notar en su presencia. La mayoría del trayecto lo pasaron callados. Tom no se sentía incómodo con aquel silencio, a veces los silencios le encantaban. Tampoco sentía la necesidad de conocer nada sobre el chico que tenía al lado, en un rato probablemente lo perdería de vista y no lo vería nunca más.

Cuando Tom regresó su madre se abalanzó a abrazarle. Le pidió perdón mil veces a su madre y lo acompañó de un "Juro que no lo volveré a hacer mamá, de verdad". Su padre escuchó su voz y también salió a recibirlo. Tom abrió demasiado los ojos, no podía creerlo. Intentó gesticular alguna palabra, pero ni siquiera podía. Abrazándole su padre le dijo: "Has venido en el momento exacto Tommy, mañana marchamos para España. Se acabó, se acabó ésta pesadilla."

Capítulo VIII

Eran aproximadamente las siete y media de la mañana. la familia Collins estaba preparada para un nuevo inicio. A las 9 debían estar en el aeropuerto. La casa estaba llena de movimiento. La cocina olía a café y tortitas, ya casi se podía sentir la calidez y protección que antes se respiraba en la casa, casi se podía notar la vuelta a la normalidad. La familia abandonó los trapos sucios

que habían utilizado durante la guerra y los sustituyó por la ropa elegante que tenían escondida en el armario. Querían iniciar una nueva etapa y sus antiguas vestimentas estaban demasiado desgastadas, bastante llenas de malos recuerdos que no querían transportar a España.

Los Collins se dirigían al aeropuerto dejando atrás la ruina que habían visto caer ante sus ojos. Después de tanto tiempo se atrevieron a sonreír, se permitieron cambiar el rostro que ahora parecía brillar y deslumbrar algo de alegría.

No lo sabían, pero la pesadilla todavía les seguía y muy de cerca. El aeropuerto se había convertido en un campo de batalla, los halcones querían cobrar venganza. No soportaban que los verdes les hubiesen arruinado sus planes.

No había marcha atrás, si la familia Collins retrocedía llamarían la atención y correrían el peligro de ser disparados. Caleb sacó el arma que aún guardaba en un bolsillo escondido bajo la parte inferior del pantalón. A pesar de haberse deshecho de la vestimenta militar había dejado un arma a modo de defensa. Rápidamente puso a su familia a recaudo detrás de la recepción del aeropuerto y se fue hacia la pista de aterrizaje para unirse al intercambio de balas entre halcones y verdes. Sofía estaba aterrada. Las heridas volvían a surgir después de este tiempo de descanso que el destino les había brindado. Toda la familia rezaba por llegar a España ilesos, especialmente rezaban por su padre, el cual no debería haberse expuesto a tal riesgo.

Quince minutos más tarde el tiroteo finalizó. Elisa salió de su escondite para ver cómo estaba su marido. Cuando llegó a la pista de aterrizaje no había rastro de los halcones, el aire era sosegado. Había como 20 soldados teñidos de sangre y tirados en el suelo, uno de ellos era su marido. El corazón se le paró. En el momento en el que Elisa vio a Caleb tendido se acercó a él y estando más cerca pudo divisar el pequeño charco de sangre que surgía de su cabeza, estaba muerto. Caleb había muerto por mostrar su actitud heroica y su instinto protector ante los suyos. Para Elisa era imposible creer que en cuestión de minutos hubiesen arruinado de tal manera su vida, cómo le habían arrebatado de sus manos la oportunidad de un nuevo comienzo, cómo habían acabado con la vida de su único amor al que conoció cuando solo tenían veinte años. Llovía, llovía por las ilusiones muertas, por las noches de penumbra que quedaban. Llovía porque no hay marcha atrás, y llovía más fuerte por el dolor que Elisa y sus hijos apenas estaban empezando a sentir. Nunca se acaba la tormenta.

Desde entonces todo se convirtió en un pasado constante, una constante carrera intentando huir inútilmente del viento que tanto les asfixiaba. Viento que se sumó a los rayos y la lluvia, que se convirtió en tormenta. Lo que parecía el final ahora solo era el principio. Dolor y recuerdos era lo único que iban a arrastrar, tan fundido a su corazón y a sus cuerpos. Tan imposibles de olvidar.

Capítulo IX

El general Acker contemplaba desde la ventana de su despacho su base militar repleta de aviones con un símbolo del cual se sentía muy orgulloso de lucir. Ese símbolo que pretende implantar en el pueblo galés, y que no le importa a quienes llevarse por delante. Su fanatismo le deja tan ciego que ya ni ve la sangre que vierte en río su país, y aunque algún día consiguiese hacerse con el control de Gales, lo único que obtendría sería ruina y un costoso país que intentaría reconstruirse de la catástrofe, la cual creó él mismo.

Acker parecía sediento de venganza, al igual que de pequeño, odiaba que sus planes no saliesen exactamente como él había imaginado. Mientras Acker se tocaba el canoso bigote, -a juego con su pelo el que para su edad aún lo conservaba sin ninguna entrada- no dejaban de correr por su mente estrategias, creadas desde el odio y el fuerte sentimiento de conquistista, sin importar de nada las vidas, las almas y las familias que este iba dejando destrozadas.

La mirada expectante del general de los halcones ante el desfile de sus tropas en el cuartel general delataba su gusto por la guerra y su frialdad ante la muerte de sus compatriotas. Solo por

el capricho de llevar a un millón de milicianos a pagar los conflictos que les son ajenos, y en los que solo deberían estar implicados los generales y presidentes que son quienes los crean. Tan malévolo e incapaz de ser autocrítico se mostraba siempre que, un día, vio a un niño llorar por la muerte de su madre a causa de una de las 15 bombas del 18 de marzo (lanzadas por sus propios súbditos), así que se le ocurrió soltarle una patada llena de repulsión al pequeño y lo acompañó de un “La vida te golpeará más fuerte. O dejas de sentir o sentirás los constantes golpes que te impartirá una y otra vez, tantos que no habrá tiempo de levantarse”, palabras que siempre le repetía Ben, padre de Acker.

En febrero de aquel año (2027) el general se negaba a aceptar la realidad; los verdes poseían el control de mucho más de la mitad de Gales, y el poder de Acker iba desvaneciéndose al mismo ritmo que sus territorios. Bien sabía que ya no tenía nada que hacer contra el adversario, así que como no había obtenido lo que él más deseaba decidió tomar la última embestida contra el pueblo. Y así fue como lo hizo, el día 23 de febrero sus soldados salieron a la calle con media docena de tanques, y dispararon contra los edificios centrales de Bangor, que quedaba cerca de su base militar. Aquellos soldados parecían carecer de sentimientos, ya que veían ante sus ojos cómo acababan con vidas inocentes y esto ni siquiera les hacía sentir compasión. Estaban tan cegados en la imposición de su régimen que ni siquiera podían ver personas, solo veían bandos y objetivos, y así se igualaban a la condición de su general Acker. El pueblo estaba verdaderamente aterrado aunque no tenía ninguna escapatoria, muy pocos disponían de vehículos. Se podía sentir la impotencia de aquellos momentos y el miedo del no llegar a salvarse, de no detener la angustiada situación que estaba sucediendo. Algunos aceptaron su fin, estaban hartos de tanto miedo y preocupación. Hubo uno que se lanzó sin pensarlo al cañón del tanque y se dejó caer a manos de la muerte, bastante tiempo llevaba ya pensando suicidarse, si nadie acababa con esa situación él iba al menos a acabar con esta de la manera más trágica y desesperanzada.

Capítulo X

21 de marzo de 2027

Scott daba las últimas órdenes a sus hombres. Hoy, la base general de los verdes se vestía de un aire renovado. Ya se podía tocar con la punta de los dedos la victoria y con ella, la libertad de su país. Aunque sabían que hoy también iban a perder algunas vidas que iban a sumarse a las 45.000 muertes que había engullido esta terrible batalla entre el fascismo de Acker y la unánime del pueblo gritando justicia junto a los verdes, dispuestos a acabar con la horrible actuación de los halcones. Al principio las esperanzas de levantar cabeza eran muy escasas, fueron creciendo a medida que los verdes iban superando ataques y arrinconando cada vez más a sus adversarios, hasta llegar a cómo se encuentran en este momento; con la mayor parte de Gales controlada. No podemos tampoco olvidarnos del gran auxilio inmediato que prestó Gran Bretaña, en el que unieron fuerzas para combatir a un rival recíproco.

Eran las once de la mañana cuando los liberales tomaron el barco que les iba a conducir hasta la isla de Holyhead, donde se encontraba una parte de la base militar de los conservadores, el único lugar que les quedaba, por ahora. Poco tardaron en acabar con los 30 militares que aún quedaban en representación de los halcones, el modo de accionar de los verdes fue casi tan cruel como había sido el de los halcones durante estos 3 años. Quizás se debió al ansia que tenían de finalizar el conflicto. Gran parte de la facilidad con la que se desprendieron de los últimos soldados halcones fue debida a la ayuda aérea del ejército de Gran Bretaña, que no dudó en intervenir para concluir con el fascismo impuesto desde 2020. No hubo pista alguna de Acker por toda la base, ni siquiera de su amigo Tayler, quien le había acompañado en la gobernación de Gales.

Al día siguiente Scott comunicó por radio, el único medio por el cual habían estado siguiendo la guerra los habitantes, la victoria de su bando y el fin de aquella mancha negra en la historia de Gales. Horas más tarde los dos millones de habitantes que todavía había en Gales salieron a la calle a celebrar la desaparición de su principal miedo y el inicio de una nueva etapa. Scott, que escuchó a sus ciudadanos gritando libertad, no pudo evitar esbozar una sonrisa, sentía un tremendo orgullo por representar a un bando político que había surgido desde sus ideologías, que

había conseguido finalizar con los días de tormenta del pueblo galés. Meses más tarde la población no se olvidó de esto en sus elecciones, muchos fueron los que votaron a los verdes, que ganaron por una mayoría absoluta y aplastante.

Capítulo XI

Emily estaba escuchando la radio en su habitación, en ella sonaba la Obertura 1812 de Tchaikovski en homenaje a la coronación de los verdes. Estaba tan eufórica por el final de la guerra que olvidaba todas las muertes, olvidaba lo que había vivido su padre en el campo de batalla, y los tres años de retroceso que había sufrido su país.

Emily miraba por la ventana pensativa y abstraída. Lo único que se podía divisar eran edificios en obras. Lo que quería decir que tras la subida al poder de Scott, hace dos meses, la ciudad se había puesto en movimiento para alcanzar a toda Europa. Europa estaba revolucionada con la llegada de nuevas tecnologías, como los coches eléctricos voladores, relojes en los que tenías organizada toda tu rutina y se podían comunicar por holografía, autobuses que iban de forma automática a cada ruta sin la necesidad de conducirlos... Era normal para su población viajar a Gales y sentirse como a principios del siglo XXI. Aunque esto también les ayudaba a limpiar sus pulmones hechos a la contaminación que flotaba en sus ciudades, y les despejaba de la tecnología, que a veces, se apropiaba de su tiempo libre por el vicio que esta misma les creaba. Teniendo en cuenta esto, ellos tampoco iban tan adelantados... Sus avances a veces no era tan beneficiosos como pensaron; los robots hacían trabajos que podían realizar humanos, a pesar de esto las grandes empresas contrataban este tipo de tecnologías, que les salían menos costosas para ellos pero que, al fin y al cabo les costaba al gobierno la subida del paro a su país, además del apetito que no cesaba en la boca de los jóvenes, que solo se satisfacían comprando lo último en relojes y móviles, y que andaban por la calle como zombies sumergidos completamente en la realidad virtual, que para ellos era su única realidad. ¿Avance o retroceso?

El padre de Emily, Luke, dormitaba en el sofá del salón. Envuelto en la manta y revuelto en la pesadilla que siempre le perseguía, que siempre le dejaba perdido y confundido parecía que aún no había salido de la guerra. Por esto a veces caía en el absurdo pensamiento de querer tener amnesia. Quería olvidar hasta su propio nombre. Odiaba la guerra y todo lo que había dejado ésta en su alma. Sangre, sangre surgiendo de su pecho era lo único que podía ver mientras dormía. Sentía la realidad de una forma distorsionada. Después, sentía como se ahogaba en su propia sangre, que incluso en el sueño podía notar su putrefacto olor. Había soldados de su misma camarada junto a él, le gritaban e intentaban moverle para que reaccionase. Era inútil. Se estaba muriendo. Todo le parecía ajeno al estar tan profundamente enfocado en su dolor. De repente despertó de la pesadilla y se preguntó a sí mismo “¿Cuándo terminará esto?”

Su mujer Elizabeth sabía muy bien cuando sufría esta pesadilla, que solía ser muy a menudo, así que siempre le abrazaba hasta que Luke dejase de estar paranoico y de temblar y seguidamente le preparaba una taza de té que, aunque él no lo supiese iba acompañada de una pastilla para dormir y otra para la depresión.

Capítulo XII

Corría el año 2071, Sofía se hallaba contemplando el lago con su marido Lucas. A veces un paisaje era capaz de transformar su estado de ánimo y más capaz era aún una pequeña escapada en canoa por el lago. El agua tenía un color verde, pero su aspecto era totalmente limpio, nítido. Sofía amaba todos y cada uno de los árboles que rodeaban el lago, su época preferida era el otoño. Le encantaba cuando las crujientes hojas caían con el mínimo movimiento y acariciaban el lago para posarse en su superficie ondulada. El contraste de aquel verde y rojo le inspiraba arte, aquel arte que solía crear su padre.

Sofía había llegado a España a finales del año 2026. Una vez que dejó atrás su país no quiso saber nada más de él, es más, todavía no sabe cómo acabó la guerra, y mucho menos se imagina

cuál es la situación actual de Gales y como escapó de aquella época oscura. Cuando llegó a España era ya demasiado tarde para reponer sus estudios, además de que necesitaban ganar dinero inmediatamente si querían conseguir un hogar y hacerse un hueco en España. Elisa encontró trabajo después de buscarlo durante tres días, aquellos tres días para ellos fueron eternos, dan gracias a que pudiesen dormir en un centro de ayuda a las familias, más tarde consiguieron un piso de protección oficial, y con el sueldo de Elisa pudieron ir pagando poco a poco el alquiler, la comida más los gastos de la electricidad y el gas.

El conflicto de Gales no parecía haber salpicado a España para nada. Era todo tan diferente que a Sofía le parecía haber viajado a otro planeta muy distinto. La tecnología había avanzado bastante, había llegado hasta ciertos aparatos inimaginables, las personas andaban con prisa por la calle pero nunca con miedo, parecía otra civilización, la ciudad estaba agitada, tanto de día como de noche, y esto les sorprendió a la familia Collins, ya que en la guerra que vivieron era difícil ver a alguna persona caminando por la calle. La primera ciudad que eligieron para mudarse fue Barcelona, pero en cuanto Sofía cumplió los 23 años decidió independizarse y formar una vida lejos de su familia. Para ella era duro de aceptar pero Elisa y Tom eran tóxicos, estaban anclados a viejos recuerdos que no les dejaban avanzar ni siquiera en su nueva vida en España, ninguno de los dos quería dejar ir la herida que dejó la muerte de su padre. Sofía llegó a Asturias con bastantes ánimos, estaba convencida que con una pequeña casita al lado del campo iba a encontrarse a sí misma, de que al estar al lado de la naturaleza iba a sentir como la ansiedad y el estrés se evaporaran, estaba segura de que su fantasía se iba a alimentar de pura imaginación, la cual le iba a alejar de la cruda realidad. Con muchas ilusiones llegó a Las santinas (Asturias), pero pronto estas murieron. Comprobó que no solo su familia tenía una actitud tóxica que a menudo le consumía, ella también la tenía y por muy rápido que corriese, por muy lejos que fuese, siempre le alcanzaba.

Tras meses viviendo en Las santinas pudo ver que solo hablaba consigo misma, y aunque el campo le dio una época de calma, notaba como aquella calma era como una vela a punto de consumirse, estaba a punto de dejar ir a su juventud, sin ni siquiera aprovecharla y ella solo quería aferrarse a cada segundo que dejaba caer. Con el tiempo el acontecimiento de la muerte de su padre cada vez se recordaba más distante, como si por cada segundo se desprendiese una parte de memoria de este, pero el dolor era constante e inamovible. La soledad de Sofía le había llevado hasta tal punto de que quisiese llorar a cada momento, sin importar lo que estuviese haciendo. Muchas eran las veces en las que Sofía se encontraba cansada, no parece nada extraño sabiendo que había experimentado los sabores más amargos de la vida. Había sentido su cuerpo temblar, expresando lo que su mente no podía convertir en gestos, había vivido terribles y constantes inviernos sin nada que le arropase, había construido mil veces sus ilusiones y las había derribado otras mil más. En su pecho, habitaba una bestia que rugía desde dentro por sacar todo aquello que callaba. Sofía estaba llena de miedo, de cuervos que no alzaban el vuelo, de nudos unidos que estaban anclados a otros atados desde su interior, imposibles de desenredar, estaba harta de sus continuos viajes al subsuelo a la visita de huesos rotos, de restos muertos, y de ilusiones, esperanzas y sueños aún más muertos. Su angustia se alimentaba de dolores de espalda, de huecos abiertos, de fragancia a sangre y de gusanos comiendo. Malditos tiempos.

Cuando Sofía solo contaba con 30 años estaba casi decidida a terminar su obra, le faltaba valor, aunque ya llevaba unos meses reforzándolo. Solo será un pequeño corte, indoloro, después de todo lo sufrido, se repetía a sí misma. Pronto apareció Lucas, que raudo acudió a su rescate, y por fin consiguió atrapar su escurridiza vida y terminar con su soledad. Es difícil curar enfermedades sin caer enfermo, pero para Lucas no lo fue. Cerró bastantes heridas, que amenazaban con estancarse por mucho tiempo, aunque por desgracia algunas parecían estar siempre abiertas, como si hubiesen echado raíces, tan longevas.... De hecho aún le habitaban esos cuervos, que estaban igual que siempre, hambrientos. Para Sofía Lucas era como un rayo de luz, siempre radiaba un tipo de calidez que no quemaba, su mejor sensación sin duda había sido él y para ella sus brazos eran el refugio perfecto.

Sofía y Lucas decidieron no tener hijos, a veces se preguntaban cual sería el aspecto de estos, si los hubiesen tenido, pero otras muchas se alegraban, ya que amaban viajar y sus hijos en

muchas ocasiones se podrían haber convertido en una carga. Su vida en aquel pueblo asturiano no había sido emocionante, pero tampoco había sido aburrida, siempre les quedaban los paseos por la montaña y los baños veraniegos en el lago próximo a su casa, sin olvidar los preciosos inviernos que pasaban admirando las hermosas vistas que Asturias les concedía.

Tom y Elisa aún seguían comunicados con Sofía, charlaban por teléfono casi a diario y estaban muy pendientes los unos de los otros.

Tom también se independizó de su madre, pero quizás este no lo hizo de la misma manera radical que su hermana. Este se mudó relativamente cerca de su madre Elisa. A diferencia de Sofía él tenía tres hijos, Leo, el mediano era casi clavado a su abuelo Caleb. Tom había sufrido casi el mismo dolor que Sofía, pero siempre supo cómo buscar un apoyo, siempre se mantenía ocupado, huyendo del ocio, el cual podía traer con esto la caída en ciertos pensamientos. Tom siempre intentaba estar despistado ante sus sentimientos, en ocasiones huía sentir, ya que podría darse el caso de que todos aquellos sentimientos, guardados e ignorados para que no hiciesen daño, aplastasen a Tom.

Después de aquellos días de tormenta, aún quedaron algunas manchas de sangre en cada uno de los que vivieron este pesar, y aparecieron sin llamada continuamente, volviendo a florecer, este ciclo se repetía de una manera infinita. Poco tuvieron que ver los salpicados con aquel conflicto, sin embargo, ellos fueron quienes más lo sufrieron. Callados y obedientes esperaban que terminase aquella terrible batalla. Muchos desconocían cuanta era la sed de su presidente, que no pudo ser agotada hasta que no le arrebataron el vaso. Los habitantes vieron como algunos seres abandonaban su condición de humanos para convertirse en bestias. Muchos se arrepienten de no haber actuado de cierta manera, de no haber hecho nada para lograr que el nombre de Acker desapareciera antes de devorar todas las almas puras que desafortunadamente se perdieron en el combate. ¿Acaso de una guerra se puede salir intacto?

Ya solo quedaba el rastro, más molesto que la propia guerra. Luces que parpadeaban, que amenazaban con apagarse, escenarios vacíos, obras muertas y diálogos que ahora callan. Tanto tiempo... y aún se vivía en sus presentes. Había esperanzas y muchos planes, todos cancelados. Sonaban notas tardías, que se repetían más que el eco, había heridas, que aún sangran, que aún tintan el recuerdo y lo convierten a su color o al negro más oscuro.